

ALBERTO

redescubrimiento de un escultor

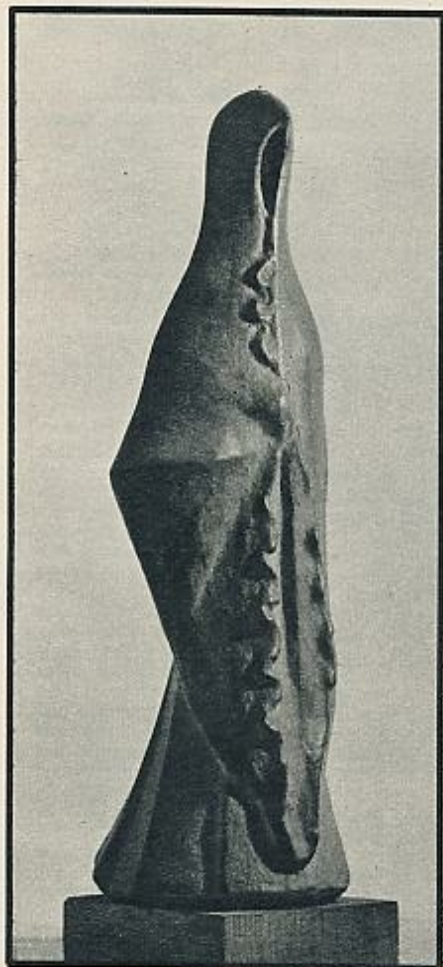
por JOSE M. MORENO GALVAN

Alberto Sánchez (o tal vez solamente *Alberto*, como le llamaron sus amigos, como fue artísticamente conocido, como él se firmó) era, hasta ayer mismo —hasta el día antes de la inauguración de la magna exposición de su obra en el Museo de Arte Contemporáneo—, el eslabón perdido de nuestro arte moderno. Sabíamos algo de su existencia, pero cada nueva noticia sobre su vida y su obra —su obra y su vida están indisolublemente ligadas— no hacía más que acentuar el enigma de esa existencia. Hoy, tras la exposición, el enigma continúa, pero —perdón por la paradoja— es un enigma conocido. Yo, personalmente, agradezco mucho esa gestión que ha traído hasta nosotros, que ha devuelto a nuestro conocimiento, a un hombre y a un nombre tan significativamente nuestro. Todas las circunstancias que concurren en Alberto contribuyen a su conformación como enigma: obra lle-

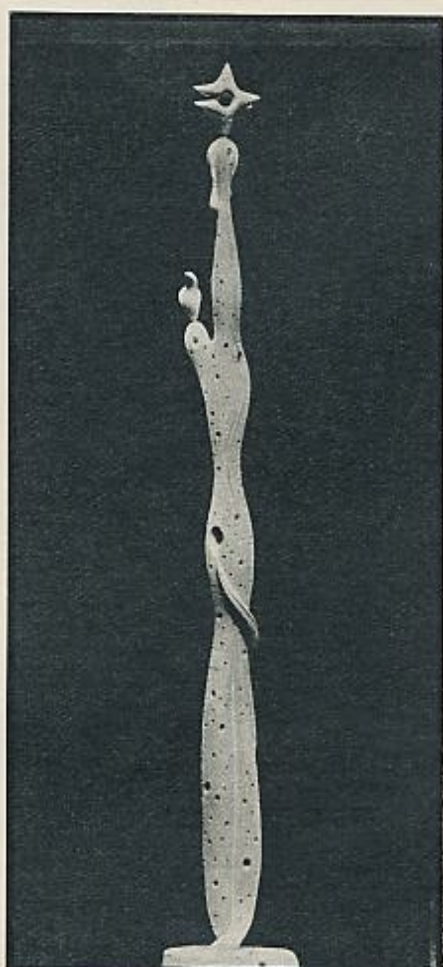


Alberto, con la escultura
"Dama proyectada por la luna en un campo de greda"

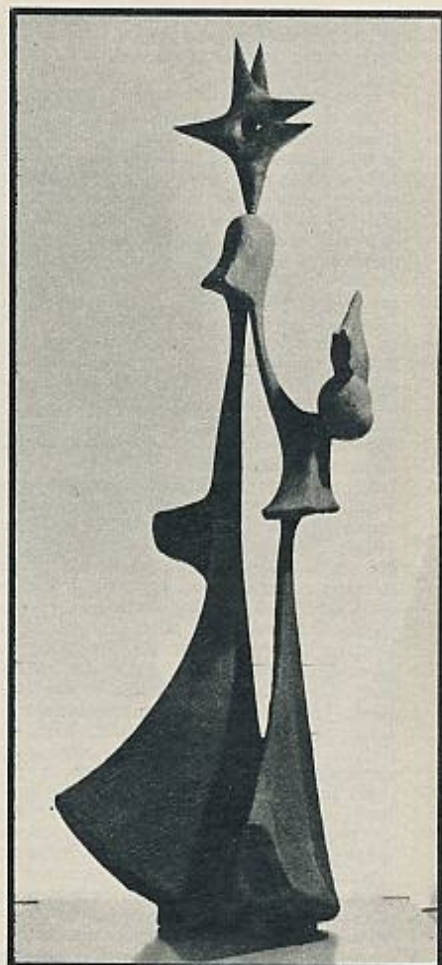
na de una intensa poesía, vida novelesca, muerte en la lejanía... Recuerdo que, hace unos cuantos años, los pocos hombres de mi generación que estábamos interesados en ese nombre, teníamos que reconstruirlo todo a base de las escuetas noticias y las contadas reproducciones que pudieron proporcionar los que mínimamente le conocieron: Jorge Oteiza, Paco Arias, Félix Alonso, Juan Manuel Díaz-Caneja... Félix Alonso incluso llegó a prestarme unos maravillosos bocetos de escenografías suyas, que yo presenté en una exposición en que se reconstruía aquella época del arte español: «1925-1935: de los artistas ibéricos al ADLAN». Una vez de la mano de Alvaro Delgado, que conocía algo de todo aquello, fui al pueblo de Vallecas para tratar de descubrir algo de sus huellas. Claro que Alvaro no conoció a Alberto, pues eran de muy distintas generaciones, pero él constituyó —junto con Gregorio



"Mujer castellana" (boceto).



Boceto de la escultura "El pueblo español tiene un camino que conduce a una estrella"



"La mujer de la estrella"

del Olmo, con Carlos Lara y con Francisco San José, capitaneados por Benjamín Palencia— lo que podríamos llamar «la segunda escuela de Vallecas». Y como de «la primera» fue Alberto fundador, algo sabría Alvaro de todo aquel antecedente. Y lo sabía. Con él subimos hasta el cerro de Almodóvar, un promontorio calizo, con rastrojeras, en cuya cima estaba enclavado el «monumento a los plásticos vivos». Esa sí era una huella viva de Alberto. Lo elevaron él y Rafael Alberti, y creo que Benjamín Palencia... Se trataba de un simple cubo de ladrillos y cemento, donde estaban grabados los nombres de Picasso, de Miró, de Goya, de Velázquez, de Cézanne... También estaba la huella de la vida posterior, en inscripciones procaces de pastores y paseantes... Ahora, retrospectivamente, pienso a veces en ese misterioso hito enclavado en un erial yermo del corazón geográfico de España, como tratan-

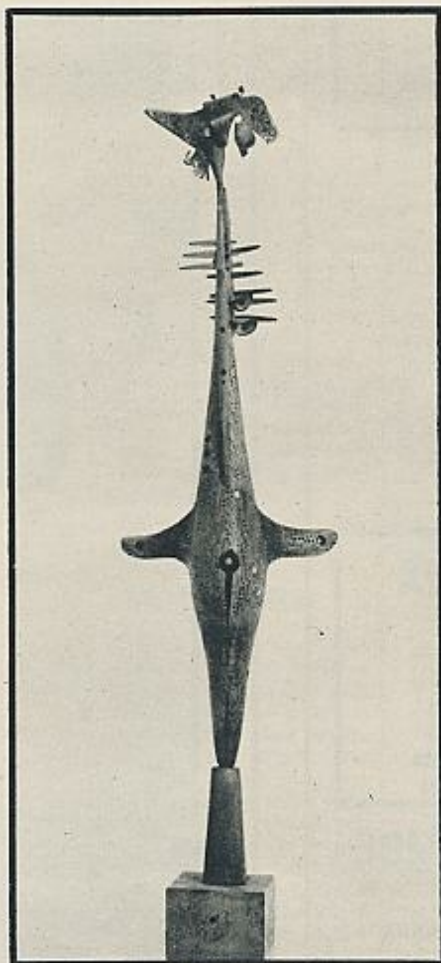


Los alrededores de Vallecas. Al fondo, el cerro de Almodóvar, donde estaba enclavado el "Monumento a los plásticos vivos" levantado por él, Rafael Alberti y Benjamín Palencia.

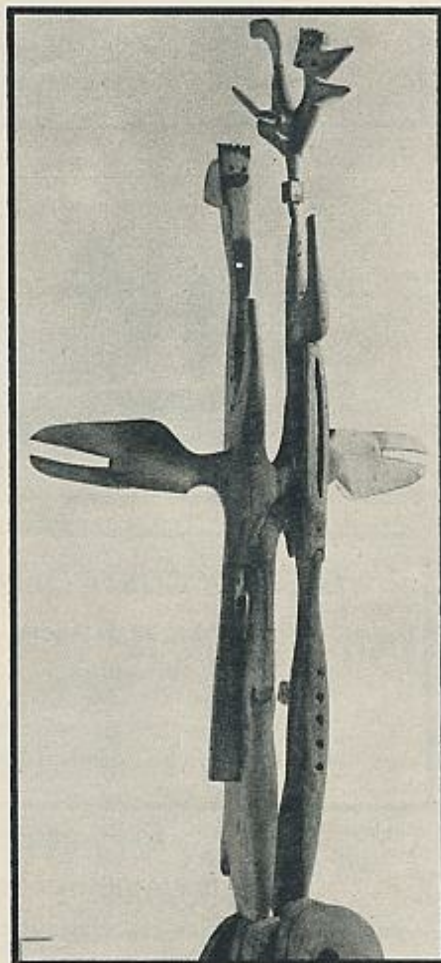
do de poner el estigma del Universo en aquellas besanas, hogar natural de pastoreo y la gañanía... Pero todo eso —ahora podemos verlo en su exposición— estaba dentro del espíritu del escultor, como del poeta y el pintor que le acompañaron. Ellos no querían dejar de oír el último latido del mundo, pero tampoco renunciaban al perfume del pan candeal recién horneado, ni al sabor amargo del aceite virgen, ni al del vino recio... Esos fueron los dos polos del mundo de Alberto y, por lo que podemos ver gracias a esta exposición, a eso permaneció siempre fiel. Por lo que sé, aquel monumento ya ha desaparecido. Algún labrador le metería la punta de su reja, convirtiendo en campo de cereal a medio metro cuadrado más de nuestro suelo. Quedan solo, creo, como único documento, las fotos que Alvaro y yo le tomamos en aquel instante. Pero yo creo que aquel monumento desapareció porque



"Mujer castellana".



"Reclamo de alondra".



"El gallo y la gallina".

SI QUIERE
 descansar
 viajar
 comprar curiosidades
 hacer vida de sociedad
 disfrutar del mar
 practicar deportes
 gozar de unas
 verdaderas vacaciones
 venga en nuestros

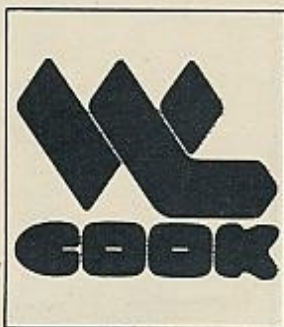
cruceros



MAR NEGRO

del 27 de Julio al 14 de Agosto

Barcelona	Constanza
Nápoles	El Pireo
Esmirna	Livorno
Estambul	Barcelona
Yalta	desde 18.000 pts.



PUBLICIDAD LLAVE

VENECIA Y COSTA DALMATA

del 14 al 29 de Agosto

Barcelona	El Pireo
Nápoles	Túnez
Venecia	Barcelona
Dubrovnik	desde 14.000 pts.

con la Motonave **MONTE UMBE**
 de la NAVIERA AZNAR, S. A.
 consulte los precios especiales para grupos

WAGONS-LITS // COOK

Agenzia de Viajes Grupo A título 5

ya no hacía falta, porque ya Picaso y Miró, y todos los demás, sembrados sobre las tierras de España, estaban empezando a dar sus primeros frutos.

Alberto Sánchez nació en Toledo (en la calle de la Retama: importa ese nombre, que parece una predestinación), en 1895. En su niñez y adolescencia fue portero, repartidor de pan, aprendiz de herrero y zapatero. Pero fue la fabricación de pan, el oficio al que dedicó su más alta fidelidad. A la panadería y a la escultura, ya que durante su juventud alternó ambas dedicaciones, la segunda de ellas aprendida a golpes de intuición. Dejó de ser analfabeto poco antes de incorporarse al servicio militar, en 1917. Cuando regresó de Melilla, donde fue soldado, se incorporó al trabajo de la tahona y a su vocación de escultor. Vivía ya en Madrid. Fue entonces cuando conoció a Rafael Barradas —el pintor uruguayo—, cuyas orientaciones iban a serle decisivas. Tras el éxito alcanzado por su participación en la Exposición de Artistas Ibéricos, en 1925, casi

por aclamación popular consiguió una pensión de la Diputación de Toledo, lo que decidió su profesionalismo como escultor. Fue el fundador, en 1926, de la primera «escuela de Vallecas»; hizo dos exposiciones en el Ateneo; participó, comandado por Torres-García, en el grupo de los constructivos, y participó, como escenógrafo y figurinista, en «La Barraca», de García Lorca. En 1938 marchó a Moscú para encargarse de la enseñanza del dibujo a los niños españoles. Ya estaba casado con Clara Sancha, hija del pintor Francisco Sancha. Y antes también de marchar a Moscú había colaborado en el memorable Pabellón español de la Exposición Internacional de París, en 1937, con una escultura monumental en forma de columna, cuyo título era «El pueblo español tiene un camino que conduce a una estrella». En ese pabellón, cuyo proyecto arquitectónico era de José Luis Sert, participaron también Picaso —con el «Guernica»— y Miró. En Moscú vivió fundamentalmente dedicado a la escenografía y, algo más lateralmente, a la escul-



"El macho cabrío" (acuarela, papel).

tura. Como se sabe, la película rusa «Don Quijote» le debe a Alberto tanto la escenografía como la ambientación. Alberto Sánchez murió en Moscú el 12 de octubre de 1962.

Ahora que ya pasó el vendaval del arte moderno, ahora que no hay que mantenerse en la trincheira para conservar las posiciones conquistadas, ahora que las formas de la modernidad han llegado al poder es la hora de preguntarse por la personal aportación de Alberto.

Pocas veces ha sentido nadie el olor, el color y el sabor del paisaje y la paisanía como ese eterno panadero toledano. No quiero caer en la tentación de atribuirle a sus formas la cultura, la tendencia y la costumbre de las formas del pan: sería demasiado literario, cuando no fácil. Tampoco lo descarto plenamente. Ahora bien, lo suyo era el paisaje. No el paisaje visto en panorámica, sino el paisaje palpado, oído, manoseado, vivido, transitado por huellas de pies descalzos o mal

calzados, hollado por las pezuñas de todas las pjaras y de los rebaños próximos, el paisaje regado por sudores y roturado por las lindes. Cualquier escultor podía distraerse engreído en la golosina de las formas. Alberto necesitaba en sus formas algo así como el sabor del pan o el de la miel, la

picadura de las abejas y la mordedura de las bestias. Lo que le pasa, pues, a sus formas es que son paisaje, de la misma manera que sus paisajes —los que él, en función escenográfica, pintó panorámicamente— estaban siempre sometidos al dominio impalpable de las formas protoarquitectóni-



Aspecto de la sala de exposiciones del Museo Español de Arte Contemporáneo (Madrid).

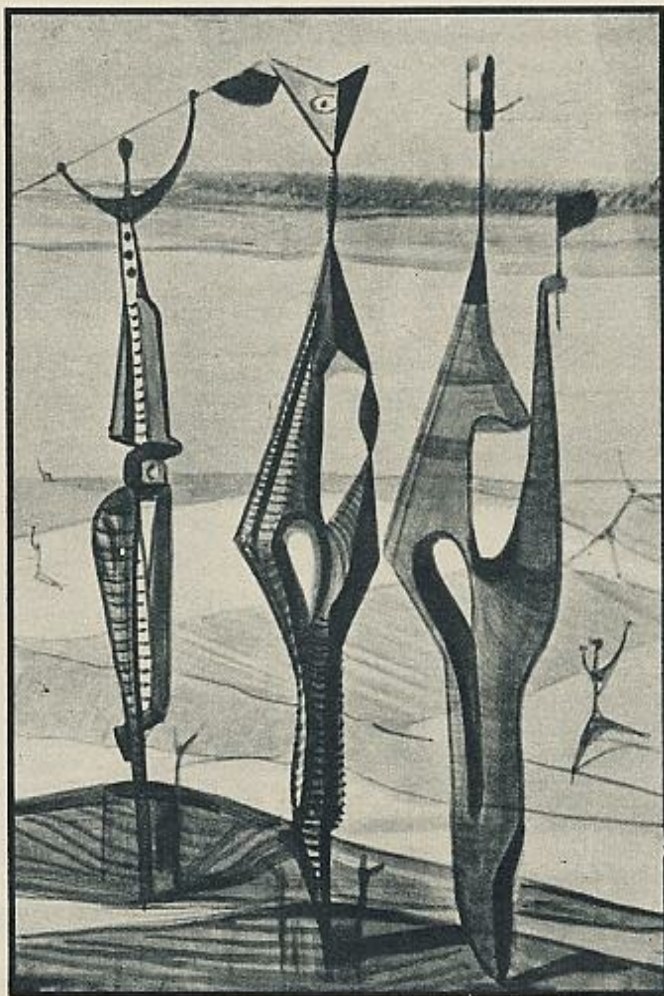
ALBERTO

cas de los trabajos solariegos: el horno, el pozo, el mojón, el puente... Lo que tienen las formas del escultor Alberto es que son como las vértebras del paisaje... Lo que tiene su pintura de paisaje es que es como la tactilización del aire ambiental y, por tanto, de los olores y los sabores... Alberto tuvo también su zoología. Pero no quiso nunca evadirse de los animales heráldicos de su pueblo y su estirpe: el mirlo, la perdiz, el toro, la lechuza...

Quizá, mejor que nada, pueda describirnos a su escultura lo que, con sus propias palabras, él dijo que pretendía hacer cuando hacía escultura: «Quisiera dar a mis formas lo que se ve a las cinco de la mañana en campos de retama que cubre a los hombres con sus frutos amarillos de limón candializado y endurecido...». Y también: «Esculturas de los troncos de árboles descortezados del resregar de los toros, entre cuerpos de madera blanca como huesos de animales antediluvianos, arrastrados por los ríos de tierras rojas...». ■ J. M.ª M. G.



Figura femenina (tinta china, papel).



Tres figuras (tinta china, papel).